

PECADO Y PARÁLISIS

Hace años, en catequesis, una niña de ocho o nueve años me dijo: si uno está a gusto con sus pecados, ¿para qué se va a confesar? Esta inocente pregunta define a la perfección el estado espiritual y anímico de nuestras sociedades, ajenas a cualquier planteamiento trascendente. Hace años, muchos años, más de 30, ya me decía una joven: el pecado no existe.

En esas estamos hoy bien plantados. El pecado no existe. Existen errores, parálisis de la economía, bloqueos psicológicos, desacuerdos, divisiones profundas en las familias, niños repartidos entre dos o más madres y padres, guerras, hambre, desnutrición, enfermedades de transmisión sexual, violaciones, pederastia, muertes de mujeres a manos de sus parejas, masacres de ciudadanos por parte de sus propios gobiernos.... Sí, todo eso es realidad. Pero nada de eso se reconoce como pecado.

Como vivimos convencidos de la inexistencia del pecado, nunca hallamos la solución al mal, sencillamente porque el diagnóstico es equivocado. No se busca el mal para atajarlo. Nos quedamos en los síntomas. Se intenta paliar los dolores, pero éstos subsisten y se agudizan, porque el mal de fondo persiste y se agrava.

Todo esto está estupendamente representado en un breve relato evangélico. Cuatro amigos y vecinos de un paralítico se las ingenian para ponerlo ante Jesús. Buscan la curación del paralítico. Sorprendentemente, Jesús parece olvidarse de su enfermedad, de su parálisis y le dice: “hijo, tus pecados están perdonados”. La sanación de Jesús comienza por la raíz. Primero en la forma de abordarlo: “hijo”. Antes que nada, el afecto, la empatía con el enfermo. Y enseguida, ir al fondo, a la fuente envenenada de todas las parálisis y bloqueos.

Ante el escándalo farisaico porque un hombre se atreve a llevar las cosas a las capas freáticas del corazón humano, Jesús terminará por decir: el hijo del hombre tiene en la tierra el poder de perdonar pecados. Claro. Pero hay que atreverse a llamar las cosas por su nombre, a desenmascarar el problema. Los problemas de nuestra economía, la parálisis de gobiernos y poderosos para luchar contra el hambre en el mundo, las guerras... no son cuestiones coyunturales que se arreglarán con medidas cosméticas.

Hay que reconocer de una vez por todas que todos hemos de cambiar el corazón, pedir y ofrecer perdón. Mientras la ambición y la codicia, la agresividad, la envidia, la soberbia –pecados capitales entre otros, como la lujuria, la gula o la pereza- subsistan, los males seguirán.

Claro que los gobiernos del mundo mundial en esta sociedad globalizada han de tomar medidas y legislar de acuerdo a razón y no a capricho, buscando el bien de los ciudadanos –así serán posibles los acuerdos- y no por ideologías trasnochadas. Pero seremos todos los ciudadanos los que, dejando atrás miedos, respetos humanos, egoísmos, enclaustramiento en nuestras miserias, parálisis al fin, hemos de cambiar el corazón, reconociendo nuestro pecado y pidiendo perdón por él.

JOSÉ MARÍA YAGÜE